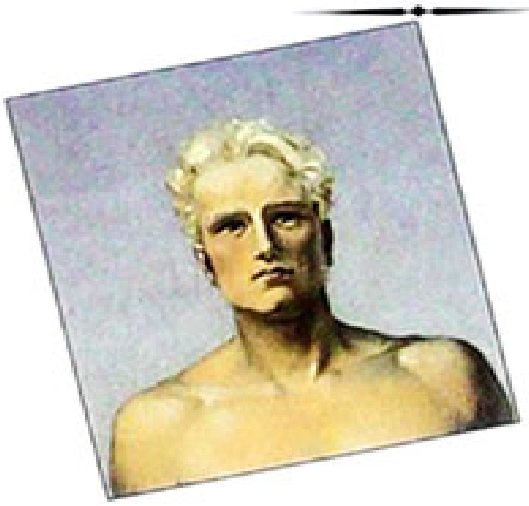
Albert Camus

Cartas a un amigo alemán



Con el cincuenta aniversario del final de la Segunda Guerra Mundial y en un tiempo en que los hechos nos obligan a volver a una reflexión sobre la memoria y el perdón, la violencia y el diálogo, los nacionalismos y la tolerancia, los fundamentalismos religiosos o raciales y la mutua comprensión —a fin de cuentas, como decía Malraux, sobre el Mal absoluto y la fraternidad—, estas cuatro cartas que Albert Camus escribió entre julio de 1943 y julio de 1944, días después de la liberación de París, se nos aparecen hoy más iluminadoras que nunca.

Las dos primeras cartas se publicaron respectivamente en la *Revue Libre* y en *Cahiers de Libération*, y las otras dos, escritas para la *Revue Libre*, permanecieron inéditas hasta su publicación en forma de libro, en una tirada muy reducida, después de la liberación. La tercera volvió a aparecer, a principios de 1945, en el semanario *Libertés*. Por razones que Camus expone en un breve prefacio, que reproducimos aquí, hasta la edición italiana, en 1948, él se había negado a que se tradujeran en el extranjero. Ahora aparecen por primera vez en nuestra lengua, publicadas por separado, como lo fueron en la edición italiana de 1948.

Nos explica el propio Camus: «Cuando el autor de estas cartas dice “ustedes”, no quiere decir “ustedes, los alemanes”, sino “ustedes, los nazis”. Cuando dice “nosotros”, no siempre significa “nosotros, los franceses”, sino “nosotros, los europeos libres”. Contrapongo con ello dos actitudes, no dos naciones, por más que esas dos naciones hayan encarnado, en un momento determinado de la Historia, dos actitudes enemigas. Si se me permite utilizar una frase que no es mía, amo demasiado a mi país para ser nacionalista». Y concluye: «El lector que quiera leer las *Cartas a un amigo alemán* (…) como un documento de la lucha contra la violencia admitirá que yo pueda afirmar ahora que no reniego de ni una sola de sus palabras».

Albert Camus

Cartas a un amigo alemán

ePub r1.2
Titivillus 10.12.15

Título original: *Lettres à un ami allemand*
Albert Camus, 1945 (nueva edición, con un prefacio inédito, en 1948)
Traducción: Javier Albiñana

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

NOTA DEL EDITOR FRANCÉS

La primera de estas cartas apareció en el número 2 de la *Revue Libre*, en 1943. La segunda en el número 3 de los *Cahiers de Libération*, a comienzos de 1944. Las otras dos, escritas para la *Revue Libre*, permanecieron inéditas hasta la Liberación. La tercera fue publicada, a comienzos de 1945, por el semanario *Libertés*.

A René Leynaud[1]

No se muestra la grandeza situándose en un extremo, sino tocando ambos a la vez.

Pascal

Prólogo a la edición italiana

Las *Cartas a un amigo alemán* se publicaron en Francia tras la liberación, en tirada muy restringida, y no volvieron a reimprimirse. Siempre me opuse a que se difundieran en el extranjero por los motivos que más adelante expondré.

Es la primera vez que aparecen fuera del territorio francés y me he decidido a ello movido por el ánimo de contribuir, siquiera mínimamente, a que caiga un día la estúpida frontera que separa nuestros dos territorios.[2]

Pero no puedo dejar que se reimpriman estas páginas sin explicar lo que son. Fueron escritas y publicadas en la clandestinidad. Se proponían esclarecer un poco el ciego combate en que estábamos embarcados y hacerlo así más eficaz. Son escritos coyunturales, y, por lo tanto, puede traslucirse en ellos un tono de injusticia. Para escribir sobre la Alemania vencida[3], habría que utilizar un lenguaje un poco diferente. Pero me gustaría antes salir al paso de un posible malentendido. Cuando el autor de estas cartas dice «ustedes», no quiere decir «ustedes, los alemanes», sino «ustedes, los nazis». Cuando dice «nosotros», no siempre significa «nosotros, los franceses» sino «nosotros, los europeos libres». Contrapongo con ello dos actitudes, no dos naciones, por más que esas dos naciones hayan encarnado, en un momento determinado de la historia, dos actitudes enemigas. Si se me permite utilizar una frase que no es mía, amo demasiado a mi país para ser nacionalista. Y sé que ni Francia ni Italia perderían nada[4] —más bien al contrario— abriéndose a una sociedad más amplia. Pero distamos todavía de eso y Europa sigue desgarrada. Por eso me avergonzaría hoy dar a entender que un escritor francés pueda ser enemigo de una nación. Sólo aborrezco a los verdugos. El lector que quiera leer las *Cartas a un amigo alemán* bajo esa perspectiva, o sea, como un documento

de la lucha contra la violencia, admitirá que pueda afirmar ahora que no reniego de una sola palabra de ellas.

Primera carta

Me decía usted: «La grandeza de mi país no tiene precio. Cuanto contribuya a llevarla a cabo es bueno. Y en un mundo en el que ya nada tiene sentido, quienes, como nosotros, los jóvenes alemanes, tienen la fortuna de encontrarle uno al destino de su nación, deben sacrificárselo todo». Por aquel entonces contaba usted con mi cariño, pero en eso me distanciaba ya de usted. «No», le decía yo, «no puedo creer que haya que supeditarlo todo a la meta perseguida. Hay medios que no se justifican. Y me gustaría poder amar a mi país sin dejar de amar la justicia. No deseo para él cualquier tipo de grandeza, y menos todavía la de la sangre y la mentira. Quiero que la justicia viva con él y le dé vida». «Pues no ama usted a su país», me contestó usted.

Hace de eso cinco años, estamos separados desde entonces y puedo decir que no ha pasado un solo día en estos largos años (¡tan breves y fulgurantes para usted!) en que no me haya venido esa frase a la mente. «¡No ama usted a su país!». Cuando pienso hoy en esas palabras, se me hace un nudo en la garganta. No, no lo amaba, si no amar es denunciar lo que no es justo en lo que amamos, si no amar es exigir que el ser amado y la más hermosa imagen que de él nos forjamos coincidan. Hace de eso cinco años y muchos hombres pensaban como yo en Francia. Algunos de ellos, sin embargo, se han encontrado ya ante los doce ojillos negros del destino alemán. Y esos hombres, que según usted no amaban a su país, han hecho más por él de lo que nunca hará usted por el suyo, aunque le fuera posible dar cien veces la vida por él. Porque antes han tenido que vencerse a sí mismos y en eso estriba su heroísmo. Pero hablo aquí de dos tipos de grandeza y de una contradicción sobre la cual le debo una explicación.

Nos veremos pronto si es posible. Pero para entonces, se habrá roto nuestra amistad. Estará usted acaparado por su derrota y no se avergonzará de su antigua victoria, antes bien, la añorará con todas sus aniquiladas fuerzas. Hoy, todavía estoy cerca de usted en el espíritu. Soy su enemigo, cierto, pero sigo siendo un poco su amigo puesto que le hago partícipe de lo que pienso. Mañana, todo habrá acabado. Lo que su victoria no haya podido mermar, lo consumará su derrota. Pero, al menos, antes de que nos enfrentemos a la indiferencia, quiero aclararle lo que ni la paz ni la guerra le han enseñado a conocer sobre el destino de mi país.

Quiero primero explicarle qué clase de grandeza nos mueve. O sea, cuál es el valor que aplaudimos, que no es el suyo. Porque poca cosa es saber correr al combate cuando lleva uno toda la vida ejercitándose para ello y la carrera le es más consustancial que el pensamiento. Es mucho, por el contrario, avanzar hacia la tortura y la muerte cuando se sabe a ciencia cierta que el odio y la violencia son cosas vanas en sí. Es mucho combatir despreciando la guerra, aceptar el perderlo todo conservando el amor a la felicidad, correr a la destrucción con la idea de una civilización superior. En eso hacemos mucho más que ustedes porque tenemos que superarnos. Ustedes no tienen nada que vencer ni en su corazón ni en su inteligencia. Nosotros teníamos dos enemigos, y triunfar por las armas no nos bastaba, como a ustedes, que no tenían nada que dominar.

Nosotros teníamos mucho que dominar y, tal vez, para empezar, esa perpetua tentación que experimentamos de parecernos a ustedes. Porque siempre hay algo en nosotros que se deja llevar por el instinto, el desprecio a la inteligencia, el culto a la eficacia. Nuestras grandes virtudes terminan por hastiarnos. Nos avergüenza la inteligencia y a veces imaginamos alguna venturosa barbarie en la que la verdad surgiera sin esfuerzo. Pero, en lo que a eso atañe, la curación es fácil: ahí están ustedes para mostrarnos lo que ocurre con la imaginación, y nos enmendamos. Si creyera en algún fatalismo de la historia, pensaría que están ustedes junto a nosotros, ilotas de la inteligencia, para corregirnos. Renacemos entonces al espíritu, nos acomodamos a él.

Pero nos faltaba todavía por vencer esa sospecha que nos infundía el heroísmo. Ya sé que nos consideran ustedes ajenos al heroísmo. Pero se

equivocan. Sencillamente, lo profesamos a la par que nos inspira recelo. Lo profesamos porque diez siglos de historia nos han transmitido la ciencia de cuanto es noble. Recelamos de él porque diez siglos de inteligencia nos han enseñado el arte y las virtudes de la naturalidad. Para presentarnos ante ustedes, hemos tenido que salvar un abismo. Y de ahí nuestro retraso respecto a toda Europa, que se precipitaba en la mentira en cuanto era menester, mientras nosotros nos dedicábamos a buscar la verdad. Por eso hemos empezado por la derrota, mientras ustedes se nos arrojaban encima, preocupados por definir en nuestros corazones si nos asistía la razón.

Hemos tenido que vencer nuestro amor al hombre, la imagen que nos forjábamos de un destino pacífico, esa honda convicción de que ninguna victoria compensa, en tanto que toda mutilación del hombre es irreversible. Nos hemos visto obligados a renunciar a un tiempo a nuestra ciencia y a nuestra esperanza, a las razones que teníamos de amar y al odio que nos inspiraba toda guerra. Por decírselo con una frase que supongo que comprenderá, viniendo de mí, cuya mano le gustaba estrechar, hemos tenido que acallar nuestra pasión por la amistad.

Ahora ya está. Nos ha sido preciso un largo rodeo, llevamos mucho retraso. Es el rodeo que el afán de verdad hace dar a la inteligencia, el afán de amistad sincera. Es el rodeo que ha salvaguardado la justicia, que ha puesto la verdad de parte de los que se interrogaban. Y, sin duda, lo hemos pagado muy caro. Lo hemos pagado en humillaciones y silencios, en amarguras, en cárceles, en madrugadas de ejecuciones, en abandonos, en separaciones, en hambres diarias, en niños consumidos, y más que nada, en penitencias forzosas. Pero era lo que correspondía. Hemos necesitado todo ese tiempo para saber si teníamos derecho a matar hombres, si nos estaba permitido contribuir a la atroz miseria de este mundo. Y ese tiempo perdido y recobrado, esa derrota aceptada y superada, esos escrúpulos pagados con sangre, son los que nos autorizan, a nosotros los franceses, a pensar hoy que habíamos entrado en esta guerra con las manos puras —con la pureza de las víctimas y de los convencidos— y que saldremos de ella con las manos puras, con la pureza, en este caso, de una gran victoria ganada contra la injusticia y contra nosotros mismos.

Porque venceremos, eso a usted le consta. Pero venceremos gracias a esa misma derrota, a ese largo tránsito que nos ha permitido dar con nuestras razones, a ese sufrimiento cuya injusticia hemos padecido y cuya lección hemos extraído. De él hemos aprendido el secreto de toda victoria y, si no lo perdemos algún día, conoceremos la victoria definitiva. Hemos aprendido que, en contra de lo que a veces pensábamos, el espíritu nada puede contra la espada, pero que el espíritu unido a la espada vencerá eternamente a ésta utilizada por sí sola. Por eso la hemos aceptado ahora, tras cerciorarnos de que el espíritu estaba con nosotros. Para ello, nos hemos visto obligados a ver morir y exponernos a morir, a presenciar el paseo matinal de un obrero francés caminando hacia la guillotina por los pasillos de una cárcel y exhortando a sus compañeros, de puerta en puerta, a mostrar su valor. Nos hemos visto obligados, en fin, para hacer nuestro el espíritu, a padecer la tortura de nuestra carne. Sólo se posee del todo lo que se ha pagado. Hemos pagado muy caro y seguiremos pagando. Pero tenemos nuestras certezas, nuestras razones, nuestra justicia: la derrota de ustedes es inevitable.

Jamás he creído en el poder de la verdad por sí misma. Pero ya es mucho que, a igual energía, la verdad triunfe sobre la mentira. Ese difícil equilibrio es lo que hemos logrado, y hoy les combatimos amparados en ese matiz. Me atrevería a decirle que luchamos precisamente por matices, pero por unos matices que tienen la importancia del propio hombre. Luchamos por ese matiz que separa el sacrificio de la mística; la energía, de la violencia; la fuerza, de la crueldad; por ese matiz aún más leve que separa lo falso de lo verdadero y al hombre que esperamos, de los cobardes dioses que ustedes soñarán.

Eso es lo que quería decirle, pero sin situarme al margen del conflicto, entrando de lleno en él. Eso es lo que quería contestar a ese «no ama usted a su país» que continúa obsesionándome. Pero quiero hablarle muy claro. Creo que Francia ha perdido su poder y su reino por mucho tiempo y que durante mucho tiempo necesitará una paciencia desesperada, una tenaz rebeldía para recobrar la parcela de prestigio que requiere toda cultura. Pero creo que todo eso lo ha perdido por razones puras. Y por eso no renuncio a la esperanza. Ese es todo el sentido de mi carta. El hombre a quien

compadecía usted, cinco años atrás, por mostrarse tan reticente respecto a su país, es el mismo que quiere decirle hoy, a usted y a todos nuestros coetáneos de Europa y del mundo: «pertenezco a una nación admirable y perseverante que, al margen de su bagaje de errores y debilidades, no ha dejado morir la idea que constituye su grandeza, idea que su pueblo siempre, sus élites en ocasiones, intentan de continuo formular cada vez mejor. Pertenezco a una nación que desde hace cuatro años ha comenzado un nuevo recorrido de toda su historia y, entre los escombros, se dispone serena, segura, a rehacer otra y a tentar la suerte en un juego para el que parte sin triunfo alguno. Ese país merece que lo ame con el difícil y exigente amor que es el mío. Y creo que ahora merece también que se luche por él, ya que es digno de un amor superior. Y afirmo que, por el contrario, la nación de usted no ha recibido de sus hijos sino el amor que merecía, que era ciego. No nos justifica cualquier amor. Eso es lo que les pierde a ustedes. Y si ya estaban vencidos en sus mayores victorias, ¿qué no será con la derrota que se avecina?».

Julio de 1943

Segunda carta

Ya le he escrito a usted, y le he escrito utilizando el tono de la certeza. Tras cinco años de separación, le he explicado la causa de que seamos los más fuertes: ese rodeo que hemos dado para ir a buscar nuestras razones, ese retraso producto de la inquietud por nuestro derecho, esa locura que nos invadía por querer conciliar cuanto amábamos. Pero merece la pena volver sobre ello. Como ya he dicho, hemos pagado caro ese rodeo. Antes que exponernos a la injusticia, hemos preferido el desorden. Pero al propio tiempo, ese rodeo es el que constituye hoy nuestra fuerza y gracias a él acariciamos la victoria.

Sí, le he dicho todo eso utilizando el tono de la certeza, sin hacer un solo tachón, a vuela pluma. Y es que he tenido tiempo para pensar. Por la noche es cuando se medita. Desde hace tres años, han sumido ustedes en la noche nuestras ciudades y nuestros corazones. Desde hace tres años, perseguimos entre tinieblas el pensamiento que, hoy, se alza en armas contra ustedes. Ahora puedo hablarle de la inteligencia. Pues la certeza que nos embarga hoy es aquella en la que todo se compensa y se ilumina, en la que la inteligencia da su beneplácito al valor. E imagino que le causará gran sorpresa, a usted, que me hablaba con ligereza de la inteligencia, el verla recobrarse del abismo y decidir de pronto entrar en la historia. Sobre eso quiero hablarle.

Como ya le diré más adelante, la certeza nacida del corazón no tiene por qué conllevar alegría. Eso confiere ya un sentido a todo lo que le escribo. Pero antes, quiero puntualizar lo que significa usted, su recuerdo y nuestra amistad. Ahora que todavía puedo, quiero hacer por ella lo único que cabe hacer por una amistad que toca a su fin: quiero clarificarla. He contestado ya a ese «no ama usted a su país» que me espetaba usted de cuando en

cuando y cuyo recuerdo no puedo quitarme de encima. Hoy sólo quiero contestar a la sonrisa impaciente con la que saludaba usted la palabra inteligencia. «En todas sus inteligencias», me dijo usted, «Francia reniega de sí misma. Sus intelectuales anteponen a su país la desesperación o la búsqueda de una verdad improbable, según convenga. Nosotros preferimos Alemania a la verdad, antes que la desesperación». Aparentemente, eso era cierto. Pero, como ya le he dicho, si a veces parecíamos preferir la justicia a nuestro país, era porque queríamos amar a nuestro país solamente en la justicia, como queríamos amarlo en la verdad y la esperanza. En eso diferíamos de ustedes, teníamos una exigencia. Ustedes se limitaban a servir al poder de su nación, nosotros soñábamos con infundirle a la nuestra su verdad. Ustedes optaban por servir a la política de la realidad; nosotros, en nuestros peores extravíos, conservábamos confusamente la idea de una política del honor que recobramos hoy. Cuando digo «nosotros», no me refiero a nuestros gobernantes. Pero un gobernante es poca cosa.

Me imagino su sonrisa. Ha desconfiado siempre de las palabras. Yo también, pero desconfiaba todavía más de mí mismo. Intentaba usted empujarme por ese camino que usted mismo había tomado, en el que la inteligencia se avergüenza de la inteligencia. Por entonces, yo ya no le seguía. Pero hoy, mis respuestas serían más seguras. «¿Qué es la verdad?», decía usted. Sin duda, pero al menos sabemos lo que es la mentira: es precisamente lo que nos han enseñado ustedes. ¿Qué es el espíritu? Conocemos lo contrario, que es el asesinato. ¿Qué es el hombre? Pero ahí, alto, porque lo sabemos. El hombre es esa fuerza que acaba siempre expulsando a los tiranos y a los dioses. Es la fuerza de la evidencia. La evidencia humana es lo que debemos preservar y nuestra certeza reside ahora en que su destino y el de nuestro país van unidos. Si nada tuviera sentido, estaría usted en lo cierto. Pero hay algo que conserva un sentido.

No me cansaría de repetírselo, ahí es donde nos distanciamos de ustedes. Nos forjábamos de nuestro país una idea que lo situaba en su lugar, en medio de otras cosas elevadas, la amistad, el hombre, la felicidad, nuestro afán de justicia. Ello nos obligaba a ser severos con él. Pero, a la postre, teníamos razón nosotros. No le hemos dado esclavos, no hemos envilecido nada en su nombre. Hemos esperado pacientemente a ver las

cosas claras y ello nos ha deparado, en medio de la miseria y el dolor, la alegría de poder combatir al mismo tiempo por todo cuanto amamos. Ustedes combaten, en cambio, contra toda esa parte del hombre que no pertenece a la patria. Sus sacrificios resultan estériles, porque su jerarquía no es la buena y porque sus valores están fuera de lugar. Entre ustedes no solamente se traiciona al corazón. La inteligencia se desquita porque no han pagado el precio que ella exige, ni han satisfecho su costoso tributo a la lucidez. Desde el fondo de la derrota, puedo decirle que eso es lo que les pierde.

Pero deje que le cuente lo siguiente. Desde una cárcel que yo conozco, una mañana, en algún lugar de Francia, un camión conducido por soldados armados traslada a once franceses al cementerio donde van a fusilarlos ustedes. De esos once, cinco o seis han hecho realmente algo para ello: una octavilla, citas clandestinas y, por encima de todo, su rechazo a ustedes. Estos permanecen inmóviles en el interior del camión, embargados por el miedo, desde luego, pero, si se me permite la expresión, por un miedo trivial, el que invade a todo hombre frente a lo desconocido, un miedo con el que se aviene el valor. Los demás no han hecho nada. Y el saber que han de morir por un error o víctimas de cierta indiferencia, hace más difíciles esos momentos. Entre ellos, hay un muchacho de dieciséis años. Conoce usted la cara de nuestros adolescentes, no voy a abundar en ello. Este está atenazado por el miedo, se abandona a él sin ninguna vergüenza. No esgrima usted su sonrisa de desprecio, le castañetean los dientes. Pero han puesto ustedes a su lado a un capellán cuya misión es aliviar a esos hombres durante esos atroces momentos de espera. Creo poder afirmar que, para unos hombres a los que van a matar, poco arregla una conversación sobre la vida futura. Cuesta demasiado creer que no acaba todo en la fosa común. Los hombres permanecen mudos en el camión. El capellán se ha vuelto hacia el muchacho, hecho un ovillo en un rincón. Este le comprenderá mejor. El muchacho contesta, se aferra a esa voz, renace en él la esperanza. En el más mudo de los horrores, basta a veces con que hable un hombre; puede que lo arregle todo. «No he hecho nada», dice el muchacho. «Sí»,

contesta el capellán, «pero eso ya no importa. Tienes que prepararte a morir bien». «No es posible que no me entiendan». «Soy tu amigo y puede que te entienda. Pero es tarde. Estaré a tu lado y Dios también. Será fácil, ya verás». El muchacho se ha vuelto. El capellán habla de Dios. ¿Cree en Dios el muchacho? Sí que cree. Por lo tanto, sabe que nada tiene importancia comparado con la paz que le espera. Pero esa paz es la que le da miedo al muchacho. «Soy tu amigo», repite el capellán.

Los demás callan. También hay que pensar en ellos. El capellán se acerca al silencioso grupo, da la espalda por un momento al muchacho. El camión circula despacio, con un ruidillo de deglución por la carretera húmeda de rocío. Imagínese esa hora gris, el olor matinal de los hombres, el campo que se adivina sin verlo, por los ruidos de una yunta de bueyes o el canto de un pájaro. El muchacho se acurruca contra el toldo, que cede un poco. Descubre un estrecho paso entre él y la carrocería. Podría saltar si quisiera. El otro está de espaldas, y en la parte delantera, los soldados se esfuerzan en orientarse en la oscura mañana. No se para a pensarlo, arranca el toldo, se desliza por la brecha, salta. Apenas se oye su caída, un ruido de pasos precipitados, y luego nada. El muchacho se mueve por tierras que ahogan el ruido de su carrera. Pero el chasquido del toldo, el aire húmedo y violento que irrumpe en el camión, han hecho volver la cabeza al capellán y a los condenados. Durante un segundo, el sacerdote escruta la cara de esos hombres que lo miran en silencio. Un segundo en que el ministro del Señor debe decidir si está con los verdugos o con los mártires, como exige su vocación. Pero ya ha golpeado el tabique que lo separa de sus compañeros. *Achtung*. Se da la voz de alerta. Dos soldados se abalanzan dentro del camión y encañonan a los prisioneros. Otros dos saltan al suelo y corren a campo traviesa. El capellán, plantado en el asfalto a unos pasos del camión, intenta seguirlos con la mirada a través de la bruma. En el camión, los hombres oyen tan sólo los ruidos de esa caza, las interjecciones ahogadas, un disparo, el silencio, de nuevo voces cada vez más próximas y un rumor sordo de pasos. Traen al muchacho. No le ha alcanzado el disparo, pero se ha detenido, rodeado por ese vapor enemigo, súbitamente sin valor, sin fuerzas. Sus guardianes lo llevan en volandas, más que conducirlo. Le han pegado un poco, pero no mucho. Queda por hacer lo más importante. No

dirige una mirada ni al capellán ni a nadie. El sacerdote se ha sentado junto al conductor. Le ha sustituido un soldado armado en el camión. El muchacho, tirado en un rincón del vehículo, no llora. Ve desfilar de nuevo entre el toldo y el suelo del camión la carretera donde despunta el día.

Le conozco, y sé que imaginará perfectamente el resto. Pero debe saber quién me contó esta historia. Fue un sacerdote francés. «Me avergüenza ese hombre», me decía, «y me alegra pensar que ni un solo sacerdote francés habría aceptado poner a su Dios al servicio del asesinato». Era cierto. Sólo que aquel capellán pensaba como usted. Le parecía natural que incluso su fe sirviera a su país. Hasta los propios dioses están movilizados en el país de ustedes. Están con ustedes, como gustan de decir, pero a la fuerza. Ya no distinguen ustedes nada, son un puro impulso. Y combaten ahora movidos tan sólo por la cólera ciega, más atentos a las armas y a las acciones espectaculares que al orden de las ideas, obcecados en revolver cielo y tierra, en seguir una idea fija. Nosotros partimos de la inteligencia y de sus vacilaciones. Frente a la cólera, no podíamos nada. Pero se ha terminado el rodeo. Ha bastado un niño muerto para que aunáramos la cólera con la inteligencia y somos ya dos contra uno. Quiero hablarle de la cólera.

Recuerde. Al advertir mi sorpresa ante la brusca reacción de un superior suyo, me dijo: «También eso está bien. Pero ustedes no lo entienden. Los franceses carecen de una virtud, la de la cólera». No, no es eso, pero los franceses son exigentes con las virtudes. No las asumen sino cuando es preciso. Ello otorga a su cólera el silencio y la fuerza que sólo ahora empiezan ustedes a experimentar. Y con esa clase de cólera, la única que conozco en mí, le hablaré para concluir.

Porque, como ya le he dicho, la certeza no conlleva la alegría del corazón. Sabemos lo que hemos perdido dando ese largo rodeo, conocemos el precio con el que pagamos esa áspera alegría de combatir por propia convicción. Y precisamente porque poseemos un agudo sentido de lo que es irreparable, conserva nuestra lucha tanta amargura como confianza. La guerra no nos satisfacía. Nos faltaba meditar nuestras razones. Lo que ha elegido nuestro pueblo ha sido la guerra civil, la lucha obstinada y

colectiva, el sacrificio sin comentario. Ha elegido la guerra que se ha dado a sí mismo, que no ha recibido de gobiernos estúpidos o cobardes, la guerra en la que se ha reconocido y en la que lucha por cierta idea que se forja de sí mismo. Pero ese lujo que se ha permitido le cuesta un precio tremendo. En eso, una vez más tiene más mérito ese pueblo que el suyo. Porque quienes caen son sus mejores hijos. Eso es lo que me resulta más cruel. La incongruencia de la guerra la beneficia con esa propia incongruencia. La muerte golpea indiscriminadamente y al azar. En la guerra que libramos nosotros, el valor se designa a sí mismo, fusilan ustedes cada día a nuestras mentes más puras. Pero esa ingenuidad suya no carece de presciencia. Ustedes no han sabido nunca lo que había que elegir, pero conocen lo que hay que destruir. Y nosotros, que nos llamamos defensores del espíritu, sabemos sin embargo que el espíritu puede morir cuando la fuerza que lo aplasta es suficiente. Pero tenemos fe en otra fuerza. En esas caras silenciosas, ya alejadas de este mundo, que a veces acribillan ustedes a balazos, creen desfigurar el rostro de nuestra verdad. Pero no cuentan con la obstinación que hace luchar a Francia contra el tiempo. Esa desesperante esperanza es la que nos sostiene en los momentos difíciles: nuestros compañeros serán más pacientes que los verdugos y más numerosos que las balas. Como puede usted ver, los franceses son capaces de sentir cólera.

Diciembre de 1943

Tercera carta

Le he hablado hasta ahora de mi país y quizás ello le haya inducido a pensar al principio que he cambiado de lenguaje. En realidad, no ha sido así. Lo que ocurre es que no dábamos el mismo sentido a las mismas palabras, no hablamos ya la misma lengua.

Las palabras adquieren siempre el color de los actos o de los sacrificios que suscitan. Y la palabra patria adquiere entre ustedes reflejos sangrientos y ciegos, que me la harán siempre ajena, en tanto que nosotros hemos puesto en la misma palabra la llama de una inteligencia en la que el valor es más difícil, pero en la que el hombre sale ganando. Como habrá comprendido ya, mi lenguaje, en realidad, no ha cambiado. Sigo diciendo lo mismo que le decía en 1939.

Puede que la mejor forma de demostrárselo sea la confesión que voy a hacerle. Durante todo ese tiempo en que nos hemos limitado a servir obstinada, silenciosamente, a nuestro país, nunca hemos perdido de vista una idea y una esperanza, siempre presentes en nosotros, y que eran las de Europa. Cierto que llevamos cinco años sin mencionarlas. Pero es que ustedes hablaban de ellas con voz muy alta. En eso, una vez más, no utilizábamos el mismo lenguaje. Nuestra Europa no es la de ustedes.

Pero antes de explicarle lo que es, quiero afirmarle por lo menos que entre las razones que nos asisten para combatirles (las mismas que nos asisten para vencerles) acaso la más profunda sea la conciencia que tenemos de haber sido no solamente mutilados en nuestro país, golpeados en lo más vivo de nuestra carne, sino despojados de nuestras más hermosas imágenes, de las que ustedes ofrecen al mundo una odiosa y ridícula versión. Lo que hiere más profundamente es que se falsee lo que amamos. Y para mantener intacta dentro de nosotros la juventud, el poder de esa idea de Europa[5] que

escamotearon ustedes a los mejores de nosotros dándole el indignante sentido que habían elegido, necesitamos toda la fuerza del amor meditado. Por eso, hay un adjetivo que no utilizamos ya desde que llaman ustedes europeo al ejército de la esclavitud, y no lo hacemos para conservarle celosamente el significado puro que no deja de tener para nosotros y que quiero explicarle.

Hablan ustedes de Europa, pero la diferencia estriba en que la conciben como una propiedad, en tanto que nosotros nos sentimos dependientes de ella. No empezaron a hablar así de Europa hasta el día en que perdieron África. Esa clase de amor no es la buena. Esta tierra en la que tantos siglos han dejado sus ejemplos no es para ustedes sino un retiro forzado, mientras que ha supuesto siempre para nosotros nuestra mejor esperanza. Tan súbita pasión es producto del despecho y de la necesidad. Es un sentimiento que no honra a nadie y entenderá entonces por qué no ha querido compartirlo ningún europeo digno de tal nombre.

Cuando dicen ustedes Europa, piensan: «Tierra de soldados, granero de trigo, industrias domesticadas, inteligencia dirigida». ¿Voy demasiado lejos? Pero sí sé que cuando dicen Europa, aun en sus mejores momentos, cuando se dejan llevar por sus propias mentiras, no pueden por menos de pensar en una cohorte de dóciles naciones dirigidas por una Alemania de señores, hacia un futuro fabuloso y ensangrentado. Me gustaría que captase usted bien esa diferencia. Europa es para ustedes ese espacio rodeado de mares y montañas, perforado de minas, cubierto de mieses, donde Alemania juega una partida en la que lo que está en juego es su destino. En cambio, para nosotros es esa tierra del espíritu en la que desde hace veinte siglos prosigue la más asombrosa aventura del espíritu humano. Es ese privilegiado palenque donde la lucha del hombre de Occidente contra el mundo, contra los dioses, contra sí mismo, alcanza hoy su momento más desquiciado. Ya ve usted que no existe un rasero común.

No tema que esgrima contra usted los argumentos de una vieja propaganda: no reivindicaré la tradición cristiana. Es otro problema. Demasiado la han utilizado también ustedes, jugando a erigirse en defensores de Roma.[6] No se han recatado en hacerle a Cristo una publicidad a la que empezó a acostumbrarse el día en que recibió el beso

que le destinaba al suplicio. Comoquiera que sea, la tradición cristiana no es más que una de las que forjaron esa Europa y no soy yo el llamado a defenderla ante usted. Ello requeriría el gusto y la inclinación de un corazón entregado a Dios, y le consta que no es ése mi caso. Pero cuando me aventuro a pensar que mi país habla en nombre de Europa y que defendiendo al uno defendemos a ambos, yo también tengo entonces mi tradición. Es al mismo tiempo la de un puñado de grandes individuos y la de un pueblo inagotable. Mi tradición tiene dos élites, la de la inteligencia y la del valor; tiene sus príncipes del espíritu y su pueblo innumerable. Juzgue usted hasta qué punto esa Europa, cuyas fronteras son el genio de algunos y el profundo corazón de todos esos pueblos, difiere de esa mancha coloreada que se han anexionado ustedes en mapas provisionales.

Haga memoria: me dijo usted un día en que se burlaba de mis indignaciones: «Don Quijote nada puede si Fausto quiere vencerle». Le dije entonces que ni Fausto ni Don Quijote estaban hechos para vencerse el uno al otro, y que el arte no se había inventado para traer el mal al mundo. Por aquel entonces, le gustaban a usted las imágenes un poco recargadas y continuó con su argumentación. A su entender, había que elegir entre Hamlet y Sigfrido.[7] En aquella época, yo no quería elegir y sobre todo me parecía que Occidente no podía situarse sino en ese equilibrio entre la fuerza y el conocimiento. Pero a usted le traía sin cuidado el conocimiento, sólo hablaba de poder. Hoy me entiendo mejor y sé que ni el propio Fausto les servirá de nada. Porque, en efecto, hemos admitido la idea de que, en determinados casos, resulta necesaria la elección. Pero nuestra elección no tendría más importancia que la suya si no la hubiéramos hecho con la conciencia de que era inhumana y de que las grandezas espirituales no podían separarse. Nosotros sabremos reunirlas después, cosa que ustedes nunca han sabido. Como ve, la idea es siempre la misma, hemos remontado grandes peligros. Pero la hemos pagado lo bastante cara como para poder aferramos a ella. Ello me impulsa a afirmar que su Europa no es la buena. No tiene nada capaz de reunir o de enaltecer. La nuestra es una aventura común, en la que seguiremos trabajando, a pesar de ustedes, por la vía de la inteligencia.

No iré mucho más lejos. En ocasiones, al torcer por una calle, durante esos raros respiros que dejan las largas horas de la lucha común, me ocurre pensar en esos lugares de Europa que conozco bien. Es una tierra magnífica, hecha de esfuerzo y de historia. Revivo los peregrinajes que realicé con todos los hombres de Occidente; las rosas en los claustros de Florencia, los bulbos dorados de Cracovia, el Jradschin y sus palacios muertos, las estatuas contorsionadas del puente Carlos en el Moldava, los delicados jardines de Salzburgo. Todas esas flores y piedras, esas colinas y paisajes donde el tiempo de los hombres y el tiempo del mundo han mezclado los viejos árboles con los monumentos. Mi recuerdo ha fundido todas esas imágenes superpuestas para convertirlas en un solo rostro, que es el de mi patria mayor. Se me encoge el corazón cuando pienso que en esa enérgica y atormentada faz se ha posado, desde hace años, la sombra de ustedes. Sin embargo, algunos de esos lugares los hemos visto juntos. Poco podía imaginarme en aquella época que tendríamos que liberarlos algún día de ustedes. Y todavía, en momentos de rabia y desesperación, lamento que las rosas sigan creciendo en el claustro de San Marcos, que las bandadas de palomas sigan alzando el vuelo en la catedral de Salzburgo[8] y que los geranios rojos sigan creciendo incansablemente en los pequeños cementerios de Silesia.

Pero en otros momentos, y son los únicos auténticos, me congratulo de ello. Porque todos esos paisajes, esas flores y esos campos labrados, la más vieja de las tierras, les demuestran a ustedes cada primavera que hay cosas que no pueden ahogar en sangre. Y con esta imagen puedo terminar. No me bastaría pensar que todas las grandes sombras de Occidente y que treinta pueblos están con nosotros: no podía olvidarme de la tierra. Y así sé que todo en Europa, el paisaje y el espíritu, les niega tranquilamente, sin odio desordenado, con la serena fuerza de las victorias. Las armas de que dispone el espíritu europeo contra ustedes son las mismas que ostenta esta tierra en su eterno renacer de cosechas y corolas. La lucha que mantenemos posee la certeza de la victoria porque tiene la obstinación de las primaveras.

Ya sé que no se habrá resuelto todo cuando estén ustedes vencidos. Europa estará todavía por hacer. Siempre está por hacer. Pero al menos seguirá siendo Europa, o sea, lo que acabo de describirle. Nada se habrá

perdido. Piense en lo que somos ahora, seguros de nuestras razones, prendados de nuestro país, atraídos por toda Europa, y en un justo equilibrio entre el sacrificio y el amor a la felicidad, entre el espíritu y la espada. Se lo digo una vez más, porque debo decírselo, se lo digo porque es la verdad y porque ésta le enseñará el camino que mi país y yo hemos recorrido desde los tiempos de nuestra amistad: poseemos desde ahora una superioridad que les matará.

Abril de 1944

Cuarta carta

El hombre es perecedero. Es posible; pero sigamos resistiendo, y si nos está reservada la nada, ¡no hagamos que sea una justicia!

Obermann, *Carta 90*

Se acerca el momento de su derrota. Le escribo desde una ciudad célebre en el universo, que prepara contra ustedes un mañana de libertad. Sabe que no es empresa fácil y que antes necesita atravesar una noche todavía más oscura que la que empezó, hace cuatro años, con la llegada de ustedes. Le escribo desde una ciudad privada de todo, sin luz y sin fuego, hambrienta, pero que permanece irreductible. No tardará en alentar algo en ella de lo que todavía no puede formarse usted una idea. Si tuviésemos suerte, nos encontraríamos entonces el uno frente al otro. Podríamos entonces combatirnos con conocimiento de causa: tengo una idea exacta de sus razones y usted imagina perfectamente las mías.

Estas noches de julio son a un tiempo ligeras y pesadas. Ligeras en el Sena y en los árboles, pesadas en el corazón de quienes esperan la única alba que ya puede apetecerles. Espero y pienso en usted: me queda por decirle una cosa que será la última. Quiero explicarle cómo es posible que hayamos sido tan semejantes y que seamos hoy enemigos, cómo podría haber estado a su lado y por qué ahora ha acabado todo entre nosotros.

Durante mucho tiempo hemos creído ambos que este mundo no tenía una razón superior y que estábamos frustrados. Todavía lo creo en cierto modo. Pero he extraído conclusiones distintas de las que usted me argumentaba entonces; conclusiones que, desde hace tantos años, intentan ustedes hacer entrar en la Historia. Pienso hoy que si le hubiera seguido realmente en lo que piensa usted, debería darle la razón en lo que hace. Y eso es tan grave que me veo obligado a detenerme en ello, en el corazón de esta noche de verano tan cargada de promesas para nosotros y de amenazas para ustedes.

Nunca ha creído usted en el sentido de este mundo y de ello ha extraído la idea de que todo era equivalente y de que el bien y el mal se definían a nuestro antojo. Suponía que, en ausencia de toda moral humana o divina, los únicos valores eran los que regían el mundo animal, o sea, la violencia y la astucia. De ello concluía que el hombre no era nada y que podía matársele el alma, que en la más insensata de las historias, la labor de un individuo no podía ser sino la aventura del poder, y su moral, el realismo de las conquistas.[9] Y a decir verdad, a mí, que creía pensar como usted, no se me ocurrían argumentos que oponerle, como no fuera un profundo amor a la justicia que, en definitiva, me parecía tan poco racional como la más súbita de las pasiones.

¿Dónde estribaba la diferencia? En que usted aceptaba frívolamente desesperar, cosa que yo jamás consentí. En que usted admitía lo bastante la injusticia de nuestra condición como para resolver acrecentarla, en tanto que a mí me parecía, por el contrario, que el hombre debía afirmar la justicia para luchar contra la injusticia eterna, crear felicidad para protestar contra el universo de la desdicha. Al convertir usted su desesperación en una embriaguez, al liberarse de ella erigiéndola en principio, aceptaba destruir las obras del hombre y luchar contra él para consumar su miseria fundamental. Mientras que yo, negándome a admitir esa desesperación y ese mundo torturado, aspiraba tan sólo a que los hombres recobrasen la solidaridad para entrar en lucha contra su indignante destino.

Como ve, de un mismo principio hemos extraído morales diferentes. Es que al mismo tiempo ha abandonado usted la lucidez y le ha resultado más cómodo (usted habría dicho «indiferente») que otro pensase por usted y por millones de alemanes. Como estaban ustedes cansados de luchar contra el cielo, descansaron en esa agotadora aventura en la que tienen asignada la tarea de mutilar las almas y destruir la tierra. En una palabra, eligieron la injusticia, se erigieron al nivel de los dioses. Su lógica no era más que aparente.

Yo, por el contrario, he elegido la justicia para permanecer fiel a la tierra. Sigo creyendo que este mundo no tiene un sentido superior. Pero sé que algo en él tiene sentido y es el hombre, porque es el único ser que exige tener uno. Este mundo tiene al menos la verdad del hombre y es misión

nuestra dotarle de razones contra el propio destino. Y no tiene otras razones que el hombre, y a quien hay que salvar es a éste si queremos salvar la idea que nos forjamos de la vida. Me dirá usted, con su sonrisa y su desdén: «¿Qué es salvar al hombre?». Y se lo grito con todo mi ser: no es mutilarlo y sí es posibilitar que se cumpla la justicia, que es el único en concebir.

Por eso luchamos. Por eso nos hemos visto obligados a seguirles al principio por un camino que rechazábamos y al final del cual hallamos la derrota. Porque la desesperación de ustedes constituía su fuerza. Sola, pura, segura de sí misma, despiadada en sus consecuencias, la desesperación posee un poder inexorable. Ella nos aplastó mientras vacilábamos y conservábamos aún en la mente imágenes felices. Pensábamos que la felicidad es la mayor de las conquistas, la que hacemos contra el destino que se nos impone. Ni siquiera en la derrota nos abandonaba esa añoranza.

Pero han hecho ustedes lo necesario, hemos entrado en la Historia. Y, durante cinco años, no hemos podido gozar del canto de los pájaros en el frescor de la noche. La desesperación ha sido forzosa. Estábamos separados del mundo, porque a cada momento del mundo iba ligado todo un pueblo de imágenes mortales. Desde hace cinco años, no existe ya en esta tierra una mañana sin agonías, una noche sin cárceles, un mediodía sin carnicerías. Sí, nos hemos visto obligados a seguirles a ustedes. Pero nuestra difícil hazaña estribaba en seguirles en la guerra, sin olvidar la felicidad. Y, a través de los clamores y la violencia, intentábamos conservar en el corazón el recuerdo de un mar feliz, de una colina jamás olvidada, la sonrisa de un rostro amado. Al propio tiempo, era nuestra mejor arma, la que no rendiremos jamás. Porque el día en que la perdiéramos, estaríamos tan muertos como ustedes. Sencillamente, sabemos ahora que las armas de la felicidad exigen mucho tiempo y demasiada sangre para ser forjadas.

Nos hemos visto obligados a participar de su filosofía, a aceptar parecernos un poco a ustedes. Habían elegido el heroísmo sin norte, porque es el único valor que queda en un mundo que ha perdido el sentido. Y al elegirlo para ustedes, lo eligieron para todo el mundo y para nosotros. Porque tuvimos que imitarles para no morir. Pero caímos en la cuenta entonces de que nuestra superioridad sobre ustedes radicaba en tener un

norte. Ahora que esto va a acabar, podemos decirles lo que hemos aprendido, y es que el heroísmo es poca cosa; es más difícil la felicidad.

Ahora le consta ya que somos enemigos. Es usted el hombre de la injusticia y no hay nada en el mundo que aborrezca tanto mi corazón. Pero conozco ya las razones de lo que no era más que una pasión. Les combato a ustedes porque su lógica es tan criminal como su corazón. Y en el horror que nos han prodigado durante cuatro años, tanta parte tiene su razón como su instinto. Por eso mi condena será total, ha muerto ya usted a mis ojos. Pero al tiempo que juzgo su atroz conducta, recordaré que ustedes y nosotros partimos de la misma soledad, que ustedes y nosotros compartimos con toda Europa la misma tragedia de la inteligencia. Y a pesar de ustedes, les seguiré llamando hombres. Por permanecer fieles a nuestra fe, nos esforzamos en respetar en ustedes lo que ustedes no respetaban en los demás. Durante mucho tiempo, ésa fue su inmensa ventaja, por cuanto matan más fácilmente que nosotros. Y hasta el fin de los tiempos, se beneficiarán de ello los que se les parecen. Pero hasta el fin de los tiempos, nosotros, que no nos parecemos a ustedes, tendremos que dar fe para que el hombre, por encima de sus peores errores, reciba su justificación y sus títulos de inocencia.

Por eso, al término de este combate, desde el corazón de esta ciudad que ha cobrado un rostro infernal, por encima de todas las torturas infligidas a los nuestros, a pesar de nuestros muertos desfigurados y de nuestros pueblos huérfanos,[10] puedo decirle que, ahora que vamos a destruirles sin piedad, no abrigamos odio contra ustedes. Y aun si mañana, como tantos otros, hubiéramos de morir, seguiríamos sin sentir odio. De no tener miedo no podemos responder, tan sólo intentaremos comportarnos razonablemente. Pero sí podemos responder de que no odiamos nada. Y respecto a la única cosa que puedo detestar hoy, le aseguro que tenemos la conciencia tranquila. Queremos destruir el poder de ustedes sin mutilar su alma.

Ya ve usted que siguen teniendo esa ventaja que tenían sobre nosotros. Pero ésta constituye también nuestra superioridad y hace que esta noche se me antoje ahora ligera. Nuestra fuerza reside en pensar como ustedes sobre la profundidad del mundo, en no rechazar ningún elemento del drama que

es el nuestro; pero, al propio tiempo, en haber salvado la idea del hombre al término de este desastre de la inteligencia y extraer de ello el inquebrantable valor para renacer. Eso, por supuesto, no mitiga la acusación que lanzamos contra el mundo. Demasiado cara hemos pagado esa nueva ciencia para que nuestra condición haya dejado de resultarnos desesperante. Cientos de miles de hombres asesinados al alba, los espantosos muros de las cárceles, una Europa humeante de millones de cadáveres que fueron sus hijos, todo eso ha habido que pagar para adquirir dos o tres matices que acaso no tengan más utilidad que ayudar a algunos de nosotros a morir mejor. Sí, resulta desesperante. Pero hemos de demostrar que no merecemos tanta injusticia. Es la tarea que nos hemos trazado; empezará mañana. En esta noche de Europa por la que corren los efluvios del verano, millones de hombres armados y desarmados se disponen a combatir. Pronto amanecerá el día en que les venceremos. Sé que el cielo, que fue indiferente a sus atroces victorias, seguirá siéndolo a su justa derrota. Tampoco hoy espero nada de él. Pero habremos contribuido al menos a salvar al ser humano de la soledad a la que querían ustedes reducirlo. Por haber despreciado esa fidelidad al hombre, serán ustedes quienes mueran solitarios a millares. Ahora, puedo decirle adiós.

Julio de 1944



ALBERT CAMUS. Mondovi (Argelia), 1913 - Villeblevin (Francia), 1960. Novelista, ensayista y dramaturgo francés, considerado uno de los escritores más importantes posteriores a 1945. Su obra, caracterizada por un estilo vigoroso y conciso, refleja la *philosophie de l'absurde*, la sensación de alienación y desencanto junto a la afirmación de las cualidades positivas de la dignidad y la fraternidad humana.

Camus nació en Mondovi (actualmente Drean, Argelia, entonces colonia francesa) el 7 de noviembre de 1913. Ingresó en la universidad de Argel, pero sus estudios pronto se vieron interrumpidos debido a una tuberculosis. Formó una compañía de teatro de aficionados que representaba obras para las clases trabajadoras; también trabajó como periodista y viajó mucho por Europa. En 1939 publicó *Bodas*, un conjunto de artículos que incluían reflexiones inspiradas por sus lecturas y viajes. En 1940 se trasladó a París y formó parte de la redacción del periódico *Paris-Soir*. Durante la II Guerra

Mundial fue miembro activo de la Resistencia francesa y, de 1945 a 1947, director de *Combat*, una publicación clandestina.

Argelia sirve de fondo a la primera novela que publicó Camus, *El extranjero* (1942), y a la mayoría de sus narraciones siguientes. Esta obra y el ensayo en el que se basa, *El mito de Sísifo* (1942), revelan la influencia del existencialismo en su pensamiento. De las obras de teatro que desarrollan temas existencialistas, *Calígula* (1945) es una de las más conocidas. Aunque en su novela *La Peste* (1947) Camus todavía se interesa por el absurdo fundamental de la existencia, reconoce el valor de los seres humanos ante los desastres. Sus obras posteriores incluyen la novela *La caída* (1956), inspirada en un ensayo precedente; *El hombre rebelde* (1951); la obra de teatro *Estado de sitio* (1948); y un conjunto de relatos, *El exilio y el reino* (1957). Colecciones de sus trabajos periodísticos aparecieron con el título de *Actuelles* (3 vols., 1950, 1953 y 1958) y *El verano* (1954). *Una muerte feliz* (1971), aunque publicada póstumamente, es de hecho su primera novela. En 1994 se publicó la novela incompleta en la que trabajaba cuando murió, *El primer hombre*. Sus *Cuadernos*, que cubren los años 1935 a 1951, también se publicaron póstumamente en dos volúmenes (1962 y 1964).

Camus, que obtuvo en 1957 el Premio Nobel de Literatura, murió en un accidente de coche en Villeblevin (Francia) el 4 de enero de 1960.

Notas y variantes de las *Cartas a un amigo alemán*

[1] Poeta y militante de la Resistencia nacido en Lyon en 1910. Herido y detenido el 10 de mayo de 1944, fue fusilado el 13 de junio de ese mismo año en Villeneuve. Su poesía fue publicada en 1947 con un prefacio de Albert Camus. *(N. del E.)*. <<

[2] Ms.: … dos territorios *que, junto con España, forman una misma nación*.
<<

[3] Ms.: … la Alemania *de hoy*, habría que utilizar… <<

[4] Ms.: … *perderán* nada… <<

[5] Los artículos de *Alger républicain* y, más adelante, de *Combat* dan fe del apego de Camus a la idea de una Europa unida. <<

[6] Tras el periodo del Kulturkampff, que enfrentó a los nazis con la Iglesia católica, los jefes alemanes se presentaron gustosos como jefes de la civilización occidental cristiana. <<

[7] Los nazis se apropiaron de Wagner y de su héroe Sigfrido, en quien pretendían ver la encarnación de la nación alemana triunfante. <<

[8] Viajes de 1936 a Austria, Checoslovaquia e Italia. Nuevo viaje, de 1937, a Italia. <<

[9] *Cfr. El hombre rebelde*, concretamente el capítulo dedicado a Nietzsche.
<<

[10] Alusiones a las matanzas de Ascq y Oradour-sur-Glane. <<